



Blanca Pons-Sorolla y Ruiz de la Prada, bisnieta del pintor, junto al cuadro de Sorolla «Corriendo por la playa», propiedad del Museo de Bellas Artes de Asturias. | MIKI LÓPEZ

Rogelio Gordón, el artista ovetense retratado por Sorolla

Director de la Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián, gozó de la cercanía y confianza del pintor valenciano, con quien compartía tertulia diaria en el Café Oriental durante sus frecuentes visitas a la capital donostiarra



● ALICIA VALLINA

El donostiarra Museo San Telmo posee entre su singular y muy desconocida colección varias obras del pintor Joaquín Sorolla. Nueve de ellas fueron donadas por su querido amigo, el ovetense Rogelio Gordón, tras su fallecimiento en 1937, y constituyen un magnífico ejemplo de la sincera amistad que unió a ambos artistas hasta el fallecimiento del maestro valenciano, ocurrido en 1923.

Sorolla no solo pintó en San Sebastián acuarelas, guaches y notas de color de sus paisajes, sino que terminó por sumergirse en la vida de la ciudad, disfrutando del veraneo, del ambiente artístico y de la sociedad donostiarra. Sorolla disfrutó de la compañía de Rogelio Gordón y, especialmente, de las tertulias diarias del Café Oriental

de la mano de Darío de Regoyos. También gozó de una estrecha relación de amistad con el doctor Juan Madina-veitia, quien trató a su hija María de la tuberculosis que padecía y a quien el valenciano también retrató (sus descendientes donaron al Museo San Telmo, en 1955, algunas de las obras realizadas por Sorolla a Medinaveitia).

Con Gordón, entonces director de la Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián, compartió Sorolla su pasión por el arte y, siempre que visitaba la capital donostiarra, disfrutaba de su compañía y buenos consejos. Este singular personaje había nacido en Oviedo en 1860 pues su padre, Laureano Gordón, que era profesor de dibujo, se había trasladado a Asturias por temas laborales. De su mano aprendió a manejar el lápiz y el pincel con destreza y, tras el paso de la familia por Tolosa, terminaron por instalarse definitivamente en San Sebastián. Allí abrieron una litografía en la calle Embeltrán y el joven Rogelio comenzó a dedicarse de lleno a la tradición artística familiar.

Influenciado por la pintura al aire libre de Carlos de Haes, Rogelio era



Rogelio Gordón, en el balneario La Perla del Océano, arriba, y tomando el aperitivo en una terraza, tal como lo pintó Sorolla en dos cuadros colgados en el donostiarra Museo San Telmo.

un caminante incansable y gustaba de pasear y detenerse a contemplar la naturaleza que empleaba como principal fuente de inspiración. Especialmente significativos son sus apuntes, dibujos y fotografías de los rincones del extrarradio de San Sebastián y que poco a poco irían desapareciendo debido a los cambios urbanísticos que la modernidad llevaba aparejados. Igueldo, Gros, Ategorrieta o Urgull muestran el arte delicado de un artista apasionado.

Cuentan quienes le conocieron que era un hombre divertido y muy curioso, además de un gran apasionado por la fotografía, la historia, la arqueología y el coleccionismo. De hecho, algunas de sus instantáneas se conservan en instituciones como el Museo Municipal de San Sebastián o la Real Academia de la Historia a pesar de que su nombre ha pasado prácticamente desapercibido para el arte.

Su amistad con Joaquín Sorolla le convirtió en modelo ocasional del pintor valenciano, especialmente en dibujos, notas de color y apuntes que este realizó durante sus frecuentes estancias en San Sebastián. Del Museo San Telmo son dos especialmente destacables, ambos fechados en el verano de 1918, apenas año y medio antes de que Sorolla sufriera la terrible hemiplejía que dejaría al pintor valenciano incapacitado definitivamente para el arte. El primero de ellos muestra a Gordón de medio cuerpo, en posición frontal y mirada directa al espectador. Con el cantábrico al fondo, Rogelio, de elegante traje, tocado con sombrero y con sus inconfundibles gafas redondeadas, descansa sentado en el famoso balneario de La Perla del Océano, también conocido como El Perlón. Este, levantado en madera en 1887, fue reconstruido en 1912 y se convirtió en símbolo de la ciudad moderna. Un lugar que incluía divertimento y salud frente a la imponente playa de La Concha e imagen de la «belle époque» donostiarra. La otra nota coloreada está dedicada por el maestro Sorolla a su amigo, a quien muestra de perfil y medio cuerpo tomando el aperitivo en una concurrida terraza. Ambos apuntes, de pincelada espontánea, viva y colorista, muestran a Gordón en momentos de intimidad, propios de la cercanía y confianza que siempre unió a ambos artistas.

La obra de Rogelio Gordón, un asturiano de nacimiento casual, se encuentra dispersa en colecciones privadas además de en instituciones como el Ayuntamiento de San Sebastián, la Diputación Foral de Guipúzcoa y el propio Museo San Telmo. Allí comparte un lugar con su amigo Joaquín Sorolla para mantener vivo el recuerdo del especial afecto que les unió hasta el final de sus vidas.

Alicia Vallina es conservadora nacional de Museos.